

3. Ventanas Abiertas a la Pedagogía Universitaria



Pablo Mella¹

3.1 Ética y educación: la originalidad y la autenticidad en perspectiva narrativa

Resumen

Este artículo es una reflexión sobre la relación entre la hermenéutica narrativa de Paul Ricoeur y la educación. En diálogo con la noción de identidad narrativa de este filósofo, se reflexiona sobre la originalidad y la autenticidad en la acción educativa y sus implicaciones para la construcción del conocimiento en términos no individualistas.

Las posibilidades de unir reflexión ética y educación son prácticamente infinitas. La ética se refiere a la racionalidad práctica, a la búsqueda de lo mejor en nuestras acciones. La educación, como acción humana, implica una diversidad de dimensiones que nuestra inteligencia no alcanza a abrazar. Reflexionar éticamente sobre la educación sería, para el caso, lo mismo que reflexionar sobre la acción humana que ella es. Toda reflexión que apunte a mejorar la cualidad humana de nuestras acciones puede considerarse como una reflexión ética. Digamos, de manera programática, que lo cualitativamente humano es aquello que ayuda a los seres humanos a convivir expansivamente, poniendo coto a la violencia en las relaciones y dando campo a la creatividad para estar en el mundo.

Al ponerme a buscar un tema sobre ética de la educación para este número del *Cuaderno de Pedagogía Universitaria* estuve mucho tiempo perdido, justamente por lo vasto que se presentaba el horizonte en que confluyen ética y educación. A esto se sumaba una sensación de incompetencia para abordar el asunto sin perderme en generalidades o repetir cotorrescamente

algunos de los temas conocidos sobre ética de la educación, como el compromiso con la calidad de la profesión o la honestidad en las evaluaciones. El horizonte se me abrió cuando encontré un artículo firmado por Cheryl Kerr (1997, pp. 219-244) planteando la relación entre la hermenéutica narrativa de Paul Ricoeur y la educación. De hecho, sólo abordar esta relación conllevaría muchas páginas y horas de estudio. En esta ocasión propongo que reflexionemos en diálogo con el recién fallecido filósofo francés sobre la originalidad y la autenticidad en la acción educativa. De él retomaremos una sola idea, su concepción de la identidad humana en términos narrativos.

Los y las docentes exigimos con frecuencia que toda la actividad educativa esté atravesada por la originalidad y la autenticidad. Lo primero que tenemos que aclararnos es qué entendemos normalmente por originalidad y por autenticidad. En un segundo momento, conviene que ampliemos estos modos de entender ambas cualidades. Para ello puede resultarnos de especial interés las reflexiones de Ricoeur sobre la construcción de una identidad personal en términos narrativos. El presente ensayo está escrito siguiendo este ritmo. Las implicaciones éticas se mostrarán en el desenlace del mismo relato que les quiero contar.

1. Lo que entendemos normalmente como originalidad y autenticidad

Creo que no cometo una injusticia si afirmo que solemos entender la originalidad y la autenticidad de manera cartesiana, y en la

1 Filósofo y Teólogo. Doctorado en Filosofía Política en la Universidad de Lovaina, Bélgica. Director y docente del Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó, Santo Domingo.



estela de Descartes, de manera romántica. Me explico.

La originalidad y la autenticidad se entienden normalmente como algo único e irrepetible, como lo nunca visto, lo que sólo esa persona y nadie más es capaz de realizar. Por ejemplo, un trabajo original significaría algo que nadie ha escrito anteriormente, ni siquiera por asomo. Claro está, también se entiende cotidianamente en la academia que un trabajo es original cuando no ha sido copiado o plagiado. En esta definición de originalidad queda implicada la desaprobación de un acto moralmente condenable, que es el fraude; pero esto no es lo que deseamos problematizar desde la ética en este momento, pues está suficientemente probado que el fraude intelectual aniquila la esencia del acto educativo, que es aprender. Queremos más bien cuestionar lo que bien podría llamarse una idea cartesiana de originalidad, porque atenta contra la dimensión comunitaria o pública de la educación. Mi intuición, que debería ser medida por estudios empíricos para tener una idea de su dimensión, es que en la comunidad educativa propiciamos la originalidad en estos términos.

La originalidad de una obra o acción se entendería, dentro de esa lógica cartesiana llevada al extremo, como el resultado de una especie de creación a partir de la nada, ya que aparecería como el resultado de un monólogo de la conciencia individual consigo misma, en un ejercicio solitario y descorporizado. Es en ese sentido restringido y acomodaticio que me refiero a que se trata de una idea de cuño cartesiano. El/la estudiante (o el profesor y la profesora) sólo serían verdaderamente originales si realizan algo que nadie ha realizado hasta

ese momento, sin ayuda de nadie, sin la participación de los demás. Me inclino a pensar que esta idea de originalidad no sólo es moralmente objetable, sino falsa. El simple hecho de hablar en una lengua concreta, en nuestro caso el castellano, hace que llevemos dentro un mundo de significados (y sinsentidos contra los cuales luchar) compartidos; nuestro cuerpo nos remite a las realidades mundanas y a la convivencia, con sus límites espacio-temporales; el trabajo en una disciplina concreta nos inscribe dentro de una tradición de pensamiento aunque no lo queramos; el mero hecho de pertenecer a una generación nos condiciona tremendamente en nuestro modo de abordar los asuntos. Por todo esto, podría ser legítimo llegar a decir que

Queremos más bien cuestionar lo que bien podría llamarse una idea cartesiana de originalidad, porque atenta contra la dimensión comunitaria o pública de la educación.

todas las originalidades son hijas de su época. Siempre somos originales ante un público determinado. Éticamente, una concepción cartesiana de originalidad sería criticable por dos razones: primero, por crear una actitud de aislamiento, proclive a favorecer de forma exclusiva una relación

de competencia con los demás, bloqueando la posibilidad de relaciones de colaboración; segundo, por caer en el idealismo, entendido, desde el punto de vista ético, como la valoración unilateral de lo que se produce en el juego especular de la mente, sin mirar los resultados en la vida de las demás personas, ni en la naturaleza. Un vicio manifiesto de una idea cartesiana de originalidad sería premiar la excentricidad por ella misma.

Sobre esta denuncia del cartesianismo de la originalidad podemos avanzar hacia la crítica al romanticismo de la autenticidad. Una persona auténtica sería aquélla que realiza y expresa lo que siente en su interior, o la que es capaz de "realizar sus



propios deseos sin mirar a los demás”, aunque con la expectativa de ser admirada por los demás justamente por lograr lo que se propone. Otra manera de expresar el ideal de la autenticidad se hace con la frase “lograr la propia autorrealización”. De acuerdo a Charles Taylor, la ética de la autenticidad es una criatura de la cultura moderna. Anteriormente, el ideal personal estaba asociado a un rol heredado o a la posición social. La ética de la autenticidad se desarrolla desde fines del siglo XVIII a partir de otras formas anteriores de individualismo, entre los que destaca justamente el racionalismo libre de Descartes, que impone a cada persona a pensar por sí misma, desvinculada de sus pertenencias comunitarias. A esta forma se añade el individualismo político de Locke, que otorga prioridad moral a la persona individual y a su voluntad, con respecto a sus obligaciones sociales. Sin embargo, la autenticidad se opone a las formas anteriores de individualismo específicamente por el espíritu romántico. El romanticismo condena el racionalismo extremo y la soledad que nace de un pensamiento que dialoga sólo consigo mismo. El núcleo de la autenticidad, como ética, consiste en la propuesta de estar en contacto con los propios “sentimientos morales”. Partiendo de ese núcleo, la moral de la autenticidad, como debate entre el bien y el mal, no va a consistir en un cálculo de los efectos o de los castigos que resultan de las propias acciones, sino en la escucha atenta de la propia “voz interior”. Se trata de un giro subjetivo de la moralidad. Lo que debería verse como insuficiente es la idea de que cada uno ha de responder esencialmente de acuerdo a “su propia medida”, que trae como consecuencia, entre otras cosas, la incapacidad de descubrir en los demás

¿qué significa ser originales y auténticos en la comunidad educativa, entendida como comunidad de creación de conocimiento, partiendo de una concepción narrativa de la identidad personal...?

modelos a seguir, ni siquiera parcialmente. La autenticidad se une a la originalidad cartesiana en este sentido: ser auténtico consiste en ser fiel a mi propia originalidad, entendida como aquello que yo solo soy capaz de decir y de descubrir. La posibilidad de un lenguaje común y sometible a la crítica de los demás para crear conocimiento en conjunto se ve amenazado en su misma raíz con una autenticidad así entendida. En otras palabras, se ven imposibilitadas desde la raíz la comunidad científica y, con ella, la formación de una verdadera comunidad educativa.

2. Ampliando el sentido de la originalidad y la autenticidad

Sin embargo, hay en la originalidad y la autenticidad modernas algo que nos convoca y nos seduce. Apuntan a dos elementos que nos humanizan y realizan profundamente: la creatividad y la unicidad. El objetivo de esta segunda parte es corregir la definición cartesiana de originalidad y la definición romántica de

autenticidad, con fines educativos. Con este objetivo, proponemos comprender la originalidad y la autenticidad en términos narrativos.

La pregunta que nos puede guiar es: ¿qué significa ser originales y auténticos en la comunidad educativa, entendida como comunidad de creación de conocimiento, partiendo de una concepción narrativa de la identidad personal, y más concretamente, del proceso en que se implican tanto estudiantes como profesores cuando participan en el acto educativo?

Aquí cabe recuperar el movimiento diseñado por Ricoeur con su noción de “triple



mimesis”, que desembocó en su idea de identidad narrativa. Ricoeur retoma un sentido particular de la noción clásica de mimesis en su obra *Tiempo y narración*. Inspirado libremente en Aristóteles, la mimesis ricoeuriana consiste en un movimiento ternario por el que nos comprendemos a nosotros mismos a través de:

- a) La inscripción pre-reflexiva en relatos previos que nos dan un sentido
- b) La lectura comprensiva de esos relatos
- c) La reescritura o relectura de esos relatos en relatos nuevos, con la finalidad de modificar o rectificar la comprensión de sí.

Mimesis no significa, de acuerdo a Ricoeur, copia. Significa más bien imaginación creativa, construyendo la trama de una vida humana.

Las reflexiones sobre la identidad narrativa muy bien nos podrían invitar a que enfoquemos tanto la originalidad como la autenticidad dentro de esta triple mimesis, ya que una persona o individuo no puede ser original ni auténtico en solitario, pues necesita de un público que lo reconozca como tal y una biografía social coherente que se despliegue en el tiempo.

a) Original y auténtica sería aquella persona que participa a fondo y con su memoria de las narrativas fundacionales de la comunidad en que vive, que en el caso de la acción educativa, sería la disciplina o carrera que estudia. Esta persona estaría en contacto con los orígenes del saber que cultiva y se experimentaría como parte de una búsqueda que le antecede y que de seguro le sobrevivirá. Por eso su saber es original, porque bebe en los orígenes de la acción específica en la que está implicada. Su autenticidad vendría también de este contacto primigenio con las narrativas que le precedieron y que marcaron la historia

La originalidad y la autenticidad vienen del ejercicio de preguntar, de asombrarse, de no quedarse estáticamente conforme con los conocimientos adquiridos.

de la disciplina en cuestión, con un auténtico deseo de saber. Concretamente, esto se puede resumir en la conocida frase: “hay que leer los clásicos”. Un ejemplo que se nos descubre hoy es en la economía. Amartya Sen, Premio Nóbel de Economía, ha recuperado el componente ético de la economía, una actitud que se encuentra en los orígenes mismos de la disciplina y que se había olvidado por la creciente matematización que ha padecido. Para Sen está claro que las modelizaciones matemáticas, único lenguaje que parece entender la hegemonía neoclásica de la ciencia económica actual, deben estar al servicio de la comprensión de los actores económicos, no al revés. Entre nosotros, el P. José Luis Alemán trabaja arduamente en el mismo sentido, releyendo una y otra vez a los

clásicos del siglo XVIII, así como los del siglo XIX y principios del XX, a la luz de la sociología comprensiva de Max Weber.

b) Dentro de la perspectiva narrativa, y siguiendo con el ejemplo, no se leen los

clásicos para repetir automáticamente lo que ellos dijeron, como si de un dogma inmutable se tratara. Se busca más bien aprender de ellos una actitud inquisitiva, un modo de preguntar que ha generado la tradición de esa disciplina. La originalidad y la autenticidad vienen del ejercicio de preguntar, de asombrarse, de no quedarse estáticamente conforme con los conocimientos adquiridos. Se trata, en el fondo, de problematizar esos conocimientos desde el propio horizonte de preocupaciones. La lectura comprensiva de los textos de una tradición abre un mundo nuevo para quien realiza tal ejercicio, por la actitud indagativa que introduce. Esto resulta capital en la práctica educativa. Es verdad que se puede llegar al extremo de querer cuestionarlo todo, descalificando todo lo recibido. Pero



sin correr el riesgo de una comprensión actualizada, el conocimiento nunca será significativo y empeñoso.

c) Después de realizado ese ejercicio de lectura comprensiva, viene el tercer momento, el de narrar todo el proceso vivido como un encuentro personal y como un elemento novedoso que se ha integrado a la propia biografía. En este tercer momento, original y auténtica sería la persona que se ha posicionado sobre lo que ha aprendido, y decide qué aspectos de su vida, de su acción, o de su conocimiento, han de ser redireccionados. Así, por ejemplo, un economista estándar que cultive esta narratividad, se verá obligado a reconocer los límites de sus modelizaciones, que prescinden de muchas de las características de la racionalidad humana. Es de sobra conocido en epistemología de la Economía, que el actor económico no se mueve exclusivamente por la mera maximización de utilidades, y se sabe que es mentira que se pueda calcular el comportamiento económico con exactitud. ¿Por qué, entonces, y retomando el ejemplo de la Economía, se sigue premiando la originalidad de las modelizaciones de economistas neoclásicos? ¿Por qué enseñar Economía todavía en esos términos, a partir de una teoría microeconómica estandarizada y simplificada? ¿No habrá una cierta voluntad de engaño enquistada en la academia, para no preguntarse por nuevas relaciones que podrían ser más justas en el ámbito económico? Para legitimar la figura actual de la ciencia económica, se parte de la ficción de que los actores económicos se comportan siempre de la misma manera, es decir, utilitariamente. En semejante situación, para ser original y auténtico habrá de reescribirse creativamente la propia tradición, entendiendo por "reescribir creativamente" la elaboración de una narración del proceso cognoscitivo en diálogo con los clásicos de la disciplina, de modo que ayude a comprender la coherencia en la temporalidad de las acciones humanas

estudiadas por dicha disciplina, o de las acciones humanas implicadas en el estudio disciplinado de una materia no humana.

Estudiantes y profesores que adopten esta perspectiva narrativa se descubrirán al final como intérpretes únicos e imprescindibles de un sentido compartido. Su originalidad y autenticidad consistirán en ser mediadores del sentido que habita en un quehacer científico comprometido con la verdad, en un mundo que es y ha de ser compartido. Como tales, los y las implicadas en el proceso educativo estarán en realidad aprendiendo a ser y actuar como humanos, que es el objetivo último de la ética.

Bibliografía

- Bárcena, F. & Mèlich, J. (2000). *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona: Paidós.
- González-Fabre, R. (2005). *Ética y economía*. Bilbao: Desclée de Brouwer/UNIJES..
- Kerr, Ch. (1997). "Self as other in human time: stories for humanities educators in the Twenty-first Century". En: *Interdisciplinary Humanities* 14 (2), 219-244.
- Mella, P. (2004, noviembre). La identidad narrativa dominicana. Por un Nuevo Congreso Extraparlamentario. En: *II Congreso Dominicano de Filosofía*, Santo Domingo.
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). La identidad narrativa. En: *Historia y narratividad*. (pp. 215-230). Barcelona: Paidós.
- Sen, A. (2004). Economic methodology: heterogeneity and relevance. En: *Social Research* 61 (3), 583-614.
- Taylor, Ch. (1994). *La ética de la autenticidad*. Barcelona: Paidós.
- Taylor, Ch. (1996). *Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.

